

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Vacaciones de la crítica política

Las vacaciones son para el cuerpo político lo que el sueño para los cuerpos individuales. Una necesidad vital de compensar, con visiones oníricas agradables, la tristeza ante una realidad que se empeña en desbaratar la voluntad de bienestar en el mundo. Recorremos bellos horizontes, sabiendo que la Naturaleza y la sociedad no tienen días de asueto en su labor obstructiva de la felicidad familiar y universal. Catástrofes naturales, conflictos bélicos, accidentes de tráfico, situaciones sociales de agobio personal y enfermedades incurables siguen su implacable curso, mientras soñamos y disfrutamos con lo inédito. Lo único que acompaña a nuestra huida temporal de la realidad es la vacación política. Salvo las grandes revoluciones, nada pasa en el mundo político durante los fines de semana y las vacaciones laborales. A falta de noticias, cobran relieve las especulaciones. Pero al despertar, como al volver de vacaciones, tomamos de golpe, pero con ánimo diferente, la conciencia que tenemos de la realidad en el momento de cludirla. Y si no podemos cambiar la realidad, decidimos cambiar nuestra actitud ante la misma.

Este parece ser el único cambio operado en estos días oníricos ante el hecho insoslayable de que un Aznar, ganador de las elecciones, está en manos de Pujol para formar gobierno. Lo mismo que en Felipe González se veía como falta de conciencia de la unidad de España, en Aznar se ve como patriotismo. Lo mismo que en Felipe se entendía como chalanco de votos contra dinero, en Aznar se interpreta como solidaridad regional. Lo mismo que se criticaba en Felipe, su secreto con Pujol, se alaba ahora en Aznar. Lo que en Felipe era atribuido a su inconsciencia cultural de España, en Aznar se convierte en visión de un estadista del pluralismo nacional. Lo que en Felipe era medro personal de coyuntura, se convierte con Aznar en conciencia objetiva de una oportunidad histórica. Ya ni siquiera basta con las autonomías. Los mismos que ponían el grito en el cielo ante la reforma de la Constitución para transformar la corrupta partitocracia en una sana democracia, es decir, los que no quieren un gobierno representativo de la sociedad civil, surgido de la mayoría absoluta, que es lo característico de la forma presidencialista de gobierno, piden cambiar la Constitución para desmembrar España en un Estado federal a lo alemán, o confederal a lo suizo.

Como en el despertar hambriento de un fauno, aquí no ha cambiado la realidad política sino el apetito de poder. Ha crecido el de Pujol y de Fraga. Y en plena indiferencia de los españoles y del monarca, la pequeña oligarquía de los jefes de partido se dispone a repartirse el Estado en un nuevo festín federal. Y la única voz que parece vislumbrar el desastre, surge del seno marginal del PSOE para proponer una alianza de gobierno entre su partido y el PP. Lo que nos faltaba. El gobierno de la corrupción no tiene otra alternativa, en este sistema de partitocracia con borrón de la responsabilidad política, que el gobierno de la descomposición estatal. Pero no hay que esperar límites en una decadencia tan profunda. La corrupción y la descomposición del Estado se alargan y estrechan las manos cuando no hay sentido de la responsabilidad en las cabezas pensantes de la sociedad. ¿Para qué se denunció la corrupción de los gobernantes anteriores y su entrega a las exigencias de un cuatro por ciento del electorado? ¿Es que nadie creía en lo que decía y sólo eran pretextos para desplazar del poder a Felipe González? ¿Acaso era simple cuestión personal, como si lo molesto del delito estuviera en el delincuente? ¿Por qué dar a Aznar, ante Pujol, más crédito político que a González si no tiene otras bazas de juego? ¿Por qué razón ha cambiado el discurso de oposición, a las maneras secretas de practicar la política y a los cambalaches de poder, en aquellos líderes de opinión que nos hicieron concebir esperanzas de que la sociedad no estaba muerta de indiferencia ante el crimen de Estado y la insensatez de las ambiciones nacionalistas?

TRIBUNA LIBRE

Hillary versus Eleanor

[CURTIS ROOSEVELT]

La primera dama de Estados Unidos ha acertado al describir a Eleanor Roosevelt (ER) como su modelo. Hillary identifica su soledad, sus frustraciones, sus ideales con las experiencias que Eleanor tuvo como esposa de Franklin D. Roosevelt (FDR). Otras primeras damas también han hecho eso, especialmente las señoras Carter y Reagan, pero la señora Clinton ha enfatizado constante y persistentemente su identificación desde que llegó a la Casa Blanca en enero de 1993. Ella querría ser vista por la gente como Eleanor lo fue sesenta años antes.

Colocarse en zapatos ajenos es siempre peligroso, especialmente para personas públicas, y particularmente cuando se vive en «la pecera de cristal» de la Casa Blanca.

Puesto que éste es un año electoral en Estados Unidos y Bill Clinton será seguramente el líder del ticket demócrata, los analistas políticos podrán examinar con detalle hasta qué punto ha calzado Hillary correctamente los zapatos de Eleanor Roosevelt.

Mi intuición es que incluso sus partidarios pueden encontrar deseable dejar a un lado esa comparación, señalando que jamás se pretendió eso. Por el contrario, sus críticos y detractores dispondrán de un gran filón mostrando sus deficiencias.

Pero la comparación que ha utilizado la propia señora Clinton me ofrece la posibilidad de recordar el papel que Eleanor jugó en la Casa Blanca, realizando algunas comparaciones entre las dos primeras damas. No intento ser objetivo. ¿Cómo podría serlo? Mi hermana y yo vivimos con nuestros abuelos, Franklin Delano y Eleanor, en la Casa Blanca y en Hyde Park, la casa familiar a orillas del río Hudson.

Para empezar, recuerdo la frase de Bill Clinton «ustedes tienen a dos por el precio de uno» cuando hacía campaña para la Presidencia hace cuatro años. Se estaba refiriendo, naturalmente, a él mismo y a su mujer. La frase fue inmediatamente enterrada al comprobarse la negativa reacción del público ante la implícita sugerencia de que la Presidencia iba a ser compartida.

La afirmación pudo tomarse como algo divertido, sin implicaciones políticas. Pero después de observar a la señora Clinton durante estos años de primera dama, el comentario tiene mucha más significación de lo que, tal vez, se pensó.

Hillary Clinton es una persona formidable. Posee un impresio-

nante bagaje profesional. Tiene una mente analítica de primera clase. Su testimonio ante el Comité del Congreso que abrió el debate sobre Sanidad fue un modelo de presentación por parte de un miembro del Gobierno enfrentado a la tarea de describir un capítulo muy complejo de legislación potencial, así como sus respuestas a preguntas muy delicadas. Es obvio que el presidente trata a su mujer de igual a igual en el terreno profesional, a la que probablemente consulta, como hace con cualquier otro miembro de su equipo. Y considerando la experiencia y las credenciales de Hillary, esto parece bastante razonable.

Eleanor Roosevelt no era una profesional. No tenía ni el entre-

Hillary Clinton es una persona formidable, con un impresionante bagaje profesional

namiento ni la educación para serlo. No pensaba como una persona con experiencia profesional, en concreto como una abogada. Y no quería emplear su mente de ese modo. Al responder a cuestiones en asuntos importantes, a menudo comenzaba con un: «Yo siento que...». Para alguien acostumbrado a presentaciones analíticas, o a escribir memorandos para uso de la burocracia gubernamental, eso podría ser muy frustrante. Eleanor prefería ir al corazón del problema. Y el corazón del problema era, para ella, su preocupación por las personas, allí donde a éstas les dolía, allí donde necesitaban ayuda. No hace falta decir que encontraba a la mayoría de los académicos aburridos, a menudo indiferentes a los problemas de una gente cuyos ruegos apremiantes ella había comprobado de primera mano.

Cuando FDR fue elegido presidente en 1932, Estados Unidos distaba de ser una superpotencia. Ni siquiera era una nación con influencia. Como FDR subrayó en su discurso inaugural, un tercio de los norteamericanos estaban mal alimentados, mal alojados y mal vestidos. Estábamos en medio de la Gran Depresión. Los problemas de los ciudadanos eran fáciles de ver, pero lo que

el Gobierno debía hacer no estaba tan claro, particularmente para el predecesor de FDR, el presidente Hoover.

FDR irrumpió en Washington como un cañonazo. Sus programas para enfrentarse con la depresión fueron conocidos como el New Deal, con más leyes aprobadas en sus primeros cien días como presidente de las que había sacado adelante cualquier Administración anterior en sus cuatro años de mandato. El resto es Historia.

Fue una revolución, pero una revolución pacífica.

Roosevelt no mostró grandes ilusiones por ir a Washington. Sintió que sus obligaciones como primera dama iban a ser pesadas, ocupada como anfitriona social, teniendo a veces que mostrarse agradable con personas que no le gustaban o simplemente que no le interesaban (desdén de la pretenciosidad). Durante los diez años anteriores, cuando FDR había estado inmerso en su recuperación de la polio, Eleanor se había labrado un papel para ella misma, una vida de cierta independencia, y temía que su papel en la Casa Blanca pudiera privarle de esa libertad (consiguió tener unos ingresos superiores a los de FDR incluso cuando éste fue Gobernador del Estado de Nueva York).

Y es aquí donde la comparación entre Hillary y Eleanor empieza a ser interesante. Hillary Clinton llegó a Washington en 1993 con una considerable noción de lo que haría como primera dama y el impacto que podría tener. Siendo una «conseguidora», en la acepción que damos en Estados Unidos a esa palabra, estaba decidida a «tener éxito». Sería un apoyo para su marido como siempre lo había sido para su carrera política. Se sabía que ambos trabajaban en comandita. Pero Hillary estaba decidida a dejar su impronta como primera dama de una forma que nadie había hecho desde Eleanor.

Eleanor Roosevelt vino a Washington en 1933 sintiéndose deprimida. Como era su costumbre cuando se sentía de esa forma, se zambulló en los detalles de cómo hacer de la Casa Blanca un hogar para todos nosotros. A causa de su instinto y autodisciplina, preguntó a FDR cómo le podía ayudar, cómo podría ser útil. Quizás como su secretaria particular. Pero FDR se negó. El le pidió que continuara con sus propios asuntos, y que lo hiciera a su modo, de igual forma en que lo había estado realizando cuando él era gobernador.

No tuvieron que debatir sobre la necesidad de evitar cualquier tipo de situaciones embarazosas para el presidente.